

Fragmento traducido del libro

Ricarda Junge
Die komische Frau

S. Fischer Verlags, Frankfurt am Main 2010
ISBN 978-3-10-039329-6

pp. 9-22

Ricarda Junge
La mujer rara

Traducción de Martina Fernández Polcuch

A continuación referiré lo acontecido entre el trece de abril y el diez de mayo del corriente año en el edificio de la calle Löwestrasse número uno en Berlín-Friedrichshain. Soy consciente de que, probablemente, los acontecimientos de las semanas pasadas tengan una explicación racional, psicológica, que, no obstante, por el momento no logro dilucidar. Cada uno es libre de hallar su propia interpretación, pero en lo que a mí concierne intentaré limitarme a reproducir lo sucedido con la mayor precisión posible. Que mi fe sea mi escudo protector: la fe en el poder purificador, mitigador y renovador de la palabra hablada y escrita. Los hombres nacen y mueren, los Estados se fundan y se disuelven, un fenómeno captura a una generación entera como un sueño que uno al despertar ya no recuerda. No queda más que una ligera irritación, que cada cual explica a su manera. El clima inestable, las nubes de polen que este año nos azotaron más que nunca, la comida demasiado pesada o el ruido que ayer hizo el vecino hasta muy entrada la noche. Algo llega, algo se va. Pero, sea lo que fuere, todo sucede en función de una palabra. Pensada, pronunciada, escrita, callada.

Este año, el trece de abril cayó lunes después de Pascuas. Yo había ido con mi pequeño hijo a pasar las fiestas a lo de mis padres en el Mar Báltico. Hacía calor. Los árboles de magnolias lucían sus flores rosas y blancas, y de sus ramas, que me traían a la memoria los brazos combados de arañas y candelabros antiguos, colgaban huevos de pascua que mi pequeño hijo y mi padre seguían contemplando de lo más alegres mientras mi madre es probable que mentalmente ya estuviera en plena tarea de envolverlos en papel de seda, guardarlos en cajas de

cartón y bajarlos al sótano. Ella estaba en la cocina, y yo oía cómo preparaba café, sacaba tazas y platitos de la alacena sobre el fregadero y cucharitas del cajón. La máquina de café gargareaba, la porcelana tintineaba, por la radio pasaban un tema de una banda que una vez, cuando estaba estudiando en Hamburgo, había escuchado en vivo en un sótano lleno de humo. El cantante era amigo de una de mis compañeras de estudio y en esa época no lo conocía prácticamente nadie, ahora su tema era honrado con el tercer lugar en el ranking de Pascuas de este año. El primer y el segundo lugar lo ocupaban una tal "Lady Gaga" con "Pokerface" y un cantante belga llamado "Milow".

Jamás los había escuchado nombrar, lo que hizo surgir en mí una repentina sensación de melancolía y la idea poco reconfortante del envejecimiento. La semana anterior, Janina, mi mejor amiga y madrina de mi hijo, me había llamado temprano por la mañana para contarme que acababa de descubrir su primera cana. Mientras yo, parada en el pasillo de mi departamentito con el auricular apretado contra el oído derecho, trataba de descubrir si el timbre del teléfono había despertado a mi hijo, ella me describía su cana, la extensión que tenía y la manera en que se diferenciaba del resto de su cabellera no sólo visualmente sino también por la estructura.

—Diecisiete centímetros —dijo, y contó que la había arrancado con raíz y todo para medirla enseguida—. ¿Cuánto tiempo necesita un pelo para crecer tanto? ¿Cómo puede ser que no lo haya visto antes?

Como al pasar también mencionó que el estudio de arquitectura para el que había trabajado los últimos años en Londres había entrado en suspensión de pagos. Hacía un día que Janina había vuelto a Alemania y ahora estaba camino a la oficina de

empleo. Alejé el auricular del oído y miré el visor.

Indicaba el número de sus padres, en Hamburgo, que me sabía de memoria desde la época de la escuela.

—Los impactos se van acercando —dijo Janina—. Es una maldita reacción en cadena. Empieza con un banco en Nueva York y te parece que queda muy lejos, pero de repente te toca en persona. ¿Cómo estás?

—Leandro y yo nos separamos —dije.

—Qué cagada.

En el cuarto de mi hijo, los barrotes de la cuna crujían y crepitaban cuando él se daba vuelta de un lado al otro dando sonoras patadas contra la baranda. Signo infalible de que estaba por despertarse.

—Después de Pascuas tengo una entrevista de trabajo en Berlín —dijo Janina—. Tal vez hasta tenga tiempo de quedarme a dormir en tu casa. Ahí podemos hablar, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, todo bien —respondí—. Que la pases bien en la oficina de empleo.

Se rió.

—No es más que una formalidad. Más allá de la crisis, espero no necesitar su ayuda demasiado tiempo.

Yo encendí la cafetera, que había dejado preparada la noche anterior, y me volví a meter en la cama para esperar, hecha un ovillo bajo la manta, el sonido de sus pasos, el chirriar del picaporte cuando se ponía en puntas de pie para presionarlo y el estallido con el que volvía a enderezarse y la puerta se abría de un golpe. Después avanzaba despacito por el pasillo, los pies descalzos chasqueaban como sopapas en el piso de PVC, debajo del cual a veces también crujía el viejo entarimado. Despacito, despacito, como atento al silencio, pensando si yo ya estaba en la cocina o en el living, su rana de tela verde en una mano, el chupete con la cadena de madera pintada en la otra. Lo llamé,

él empujó la puerta del dormitorio, que yo había dejado arrimada, la puerta se estampó contra la pared y mi hijo trepó a mi cama con una sonrisa soñolienta y mejillas coloradas.

Ahora, Adrián estaba jugando en el jardín de mis padres. Se la pasaba subiendo y bajando la ladera que conducía desde la terraza al parque de abajo, rodeado de pinos y hayas.

—¡Azul! ¡Azul! ¡Azul! —gritaba.

—¿Qué está diciendo? —preguntó mi madre, parada con una bandeja en las manos en la puerta de la terraza, tanteando cuidadosamente con la punta del pie el escalón de piedra que estaba flojo. Me levanté, le quité la bandeja y la puse sobre la mesa. En Berlín, Adrián iba a una guardería, casi siempre contento, pero en las últimas semanas había pedido más de una vez poder quedarse en casa. El tercer día cedí: está bien, hoy nos quedamos mirando el cielo azul. Desde entonces, ese color se había convertido en sinónimo de todo lo bello.

Mi madre esbozó una sonrisa cuando se lo conté. A esta altura, había logrado convencer a mis padres de que asistir a una guardería no necesariamente hacía daño a los niños, pero felices no estaban con mi decisión, ni mucho menos. Mi madre volvió a entrar para buscar el café, mientras yo ponía la mesa. Escuché que abrió la puerta de entrada y llamó a mi padre, que estaba cortando el pasto en el jardín del frente. La repentina corriente de aire cerró de un golpe la puerta de la terraza y Adrián vino corriendo hacia mí, chillando, y, tapándose con ambas manos las orejas, gritó: “¡Ruido!”. No se había asustado en serio, le gustaba conocer la palabra correcta para cada vez más cosas que ocurrían a su alrededor. A veces, cuando yo no lo entendía, pateaba furioso contra el

piso con un pie. Me daba la impresión de que en su cabeza un mundo entero estaba a la espera de ser narrado, salía como un torrente de su interior, en un chapurreo, un canturrear de sílabas, sonidos y palabras aisladas. Yo me preguntaba cómo sería conocer ya tantas palabras sin todavía poder articularlas, tener tantas preguntas, sin estar en condiciones de formularlas. La puerta de la terraza se volvió a abrir con un envión y mi mamá salió con la cafetera. Nos sirvió.

—¿En serio ya quieres volver? —me preguntó—. ¿Por qué no te quedas un poco más? Siempre los extrañamos tanto.

—Tampoco me puedo quedar para siempre —dije—. Sólo espero que Leandro no deje un caos tras de sí. No tengo ganas de llegar a casa y tener que empezar a poner orden.

—No hay manera de evitarlo —dijo mi mamá—. O te crees que va a llevarse sus cosas y después regresar para ordenar el departamento, a llenar los vacíos. Lo que no logró hacer antes tampoco lo va a hacer después de la separación. ¿Ya pensaste qué vas a hacer con el dormitorio ahora?

En el dormitorio estaban la mayoría de las cosas de Leandro. Después de que se mudara de nuestro departamento en común, ese espacio tenía que parecer vacío y provisorio.

—¿Te dejó la cama al menos? —preguntó mi mamá.

—Ojalá se la haya llevado —dije—. ¿Para qué quiero la cama doble?

Hasta que llegó mi padre, mi madre y yo nos entregamos a una de nuestras actividades favoritas: redistribuimos mentalmente los muebles de mi departamento pensando qué habría que volver a comprar y qué costos implicaría. Mi madre se sabía el

catálogo de IKEA casi de memoria y me ofreció acompañarme una tarde de compras la próxima vez que me fuera a visitar a Berlín.

—Como pronto cumples treinta —dijo— te podemos comprar algo lindo. Un nuevo comienzo también tiene que tener su correlato visual; no sólo hay que pensarlo, también hay que sentirlo y poder echarse en él.

Se rió y me puso leche al café que a esta altura ya estaba casi frío.

—Azul, azul, azul —cantaba Adrián, sacando con la pala humus marrón intenso de los canteros con rosas de la terraza.

—Todavía no escuchó hablar del blues —dije y me arrepentí en el mismo instante, porque mi mamá me apoyó compasivamente una mano en el hombro. Con amabilidad, la corrí a un lado.

—Estoy bien —dije—, en serio.

Noté que hizo un esfuerzo por creerme.

—Estuvieron mucho tiempo juntos —dijo—. Es el padre de Adrián.

—Ya fue.

Y así era. En mi vida siempre me costó separarme de personas o cosas, en las repisas de mis ventanas se acumulan marcos de fotos, en los estantes un álbum se apila sobre el otro, nunca tacho un número o una dirección de mi agenda telefónica porque haya cambiado, sino que coloco un asterisco en el nombre y añado la nueva dirección en otra página. De esta manera, a amigos que, como Janina, en los últimos años se mudaron decenas de veces, les fui escribiendo una mini biografía. Ciudades, calles, datos laborales, números. Me gusta que muchos números suelen repetirse como al azar y los teléfonos de una persona siempre conserven una secuencia determinada de

cifras; en el caso de mi hermano, por ejemplo, es 54. Janina siempre tiene el número doce o siete como domicilio, una sola vez se le coló un 83, un episodio breve e infeliz con un hombre de cuyo departamento ya se estaba volviendo a mudar antes de haber vaciado todos sus canastos. Por más que estas cuestiones no eran más que puro azar, a mí me daba una sensación de cohesión y continuidad, que la separación de Leandro no venía a perturbar sino a reinstaurar. Cuando se corta la luz uno puede generar un ambiente confortable con el replandor de una vela. Pero un falso contacto en una lámpara o una canilla que gotea pueden llevarlo a uno a la locura. Entre nosotros la cosa no funcionaba más, pero aquello que había sido siempre volvía a centellear por un breve instante. Es lo que había pasado desde el nacimiento de Adrián. Ahora yo quería cortar la luz. Una oscuridad que todo lo penetrara me parecía más soportable que una luz en la que no podía confiar. Siempre necesito saber al menos aproximadamente con qué puedo contar.

Después del café, mi papá me ayudó a meter el equipaje en mi viejo Peugeot. Acomodar el cochecito, el triciclo, las valijas y los bolsos encastrando un objeto con otro requería una gran perspicacia. Mi papá también había revisado aire, aceite y limpiaparabrisas, había cargado nafta y completado la carga de aceite. —No te olvides de que pronto tienes que montar los neumáticos de verano —me advirtió—, y si están gastados y no tienes dinero para comprar nuevos no dejes de llamar. Avisa si necesitas ayuda. Lo abracé, así como a mi mamá que salía de la casa con mi hijo en brazos, y tuve la sensación de que se preocupaban más que yo. Después se despidieron de

nosotros desde la rampa de entrada haciendo gestos con las manos. Encendí la radio, bajé el volumen, y antes de llegar a la autopista Adrián se había dormido. Lo miré por el espejito, sentado en su sillita infantil, el suave mentón sobre el pecho, las pestañas, una sombra oscura en la piel rosada. Cuando dormía así siempre me hacía pensar en un pequeño buda. Durante el último mes había crecido bastante, y con sus dos años había alcanzado la altura de un chico de tres o cuatro, pero conservaba el cuerpo de formas redondas de un bebé feliz y bien alimentado. No me quedaba claro cuánto entendía de lo que sucedía entre sus padres. Pero siempre tuve la impresión de que percibía mucho las tensiones entre nosotros, que dormía más inquieto cuando nos había escuchado pelear durante la noche y se volvía particularmente pegote cuando su padre había salido enfurecido del departamento dando portazos y a los gritos. Lo que yo me imaginaba es que él veía todo pero no tenía palabras para expresarlo. Algo sin nombre se arraigaba en él y era expulsado de su interior en forma de canturreo silábico. Encontraba su manera de expresarse y de comunicar. Y yo hacía el mayor de los esfuerzos por entenderlo. También Leandro lo hacía. Por más que nosotros hubiéramos tomado direcciones opuestas, no cabían dudas de que a su hijo lo amaba.

No estoy segura de si —y en caso afirmativo, hasta qué punto— mi relación con Leandro está conectada con los acontecimientos de las últimas semanas. Para mí una cosa está entrelazada con la otra de una manera peculiar, pero no quiero ocultar que simplemente sigo mi intuición si en este contexto, aunque en forma breve, refiero acerca de Leandro y de mí. No es fácil describirlo. Tal vez la mejor manera de

hacerlo es diciendo que es un hombre que conoce el miedo sin ser miedoso. No agachaba la cabeza, al contrario, por ese motivo parecía particularmente íntegro. Siempre tenía la espalda erguida y dirigía su mentón puntiagudo hacia delante, como preparado para el ataque. Hablaba mucho y le costaba horrores soportar el silencio. El que calla otorga, el que habla al menos emprende un intento. Él se la pasaba intentando. Cuando lo vi por primera vez, despotricaba contra los yanquis que estaban por invadir Irak. Janina y yo habíamos ido a parar por casualidad entre los manifestantes. Era una época extraña, un ir y venir con la corriente, nadie parecía tener en claro en qué dirección, yo no lo sabía en absoluto. El entusiasmo de Leandro me gustaba. Parecía reunir en sí un conjunto de factores: una ira provechosa, un entendimiento claro, una espalda fuerte, una voz que incluso sin micrófono atravesaba clara y distinta la plaza. A mi alrededor todos estaban en lucha permanente: la lucha por un contrato laboral estable o al menos por una vacante de pasantía, la lucha con la primera declaración de impuestos, la lucha por independencia, y mientras cada uno luchaba por su cuenta, Leandro peleaba por un mundo mejor. En su escritorio se encontraban las obras completas de Karl Marx, junto a una foto enmarcada de Willy Brandt, los sillones de su cuarto tenían un estampado de estrellas rojas y en una mesa riñonera había una caja de madera abierta con habanos cubanos. Se había criado sin padre y ahora había encontrado varios padres nuevos y viejos. Admiraba mucho a Oskar Lafontaine, a mí me tildaba de reaccionaria. Una palabra que me parecía como sacada del repertorio apolillado de mis padres. Leandro me recriminaba que mi conciencia política se limitaba al intento de querer conservar los privilegios

de la clase dominante. Y eso que habiendo interrumpido mis estudios, con un puesto de auxiliar en la biblioteca y una pequeña novela que casi no había tenido repercusión difícilmente podía ser considerada parte de la clase dominante o siquiera sacar provecho de ella. En algunos momentos de lucidez veía la puesta en escena que contenían sus discursos, sus intervenciones, su departamento e incluso las regulares cenas de mariscos en su cocina diminuta calefaccionada a carbón, a las que invitaba a compañeros de ruta políticos, camaradas de estudios y correligionarios. Veía su entusiasmo y su ambición casi sin disimulo de la misma manera que veía su incapacidad de estrechar amistades. Había compañeros y opositores, incorregibles y aquellos que todavía podían ser convencidos. Y estaba yo. Mientras mis amigos y amigas terminaban la universidad, brindaban por sus primeros contratos laborales y planificaban sus carreras, yo fumaba tabaco negro y habanos cubanos y discutía con Leandro hasta bien entrada la noche o hasta que la señora mayor que vivía debajo de él golpeaba con el palo de la escoba contra el cielo raso.

Juntos, Leandro y yo intentábamos hacer las cosas de otra manera y lo lográbamos mientras su beca de estudio y el dinero que yo ganaba nos alcanzaban para vivir. Al final todo termina girando en torno al dinero. Y cuando se trata de dinero, no parece difícil admitir ante uno mismo el fracaso de ideales y convicciones.